

XLII Concurso Nacional Premios IPEL a la  
Cultura Laboral 2022

Categoría: Cuento

Título: Por el pan nuestro

Seudónimo: Capirote

## **MEDIA NARANJA**

### **Los orígenes**

Balillo era un pueblito bastante pintoresco, retocado con motivos naturales, propios del interior. Su posición geográfica era muy especial, pues se ubicaba en una especie de altiplano rodeado de cerros que, unidos, conformaban una especie de cadena montañosa de bajo relieve.

Allí se albergaban unas cuantas familias, quizás una veintena, pero no de manera regular, porque continuamente la gente se movilizaba a otros puntos cercanos o distantes para desarrollar una que otra actividad jornalera que les permitiera mantener y justificar el sustento familiar.

Muy a pesar de su buena posición natural, esta región enfrentaba la problemática de muchos pueblos del interior. A su alrededor, se levantaban inacabables cercas de alambre que custodiaban inmensos potreros, todos llenos de ganado; los cuales pertenecían a poderosos terratenientes que vivían en otros lugares y que habían adquirido estas tierras a precios muy baratos, en base a compras al estado y a algunos lugareños que ya no vivían por ahí.

Estas circunstancias hicieron posible que se creara una situación que asfixiaba a los campesinos del lugar. No tenían tierras para trabajar, para sembrar y cosechar productos básicos para la alimentación propia y de la familia.

Por tal motivo, tenían que comprar lo necesario para el efecto mencionado. Balillo estaba rodeado y blindado por kilómetros interminables de alambre de púas. Irónicamente, sus fértiles tierras de nada servían a la gente, pues estaban dispuestas para otro menester y para beneficio de gente foránea.

Aquí vivía Elisondo Romero con su familia, compuesta por su esposa y dos hijos, un varoncito y una niña que, entre ambos, reunían escasamente los doce años.

“Chondo” Romero era un hombre sencillo, humilde y de buen carácter. A sus cuarenta años había sido curtido por el sol, el viento y la lluvia del campo. Largas jornadas de trabajo a punta de machete le habían convertido en un hombre muy fuerte y que conocía realmente los secretos del duro trabajo del monte.

Pero igual que los otros, Chondo no tenía tierras para producir lo básico para el consumo. Esta dura y triste realidad le producía bastante pesar. Tener muy cerca, frente a él, parcelas grandísimas y no poder hacer nada era frustrante. “Si tan solo tuviese acceso a un pedazo para cultivar y producir lo que mi familia y yo comeremos”. Volvía a la realidad y pensaba que el mundo era así para que fuera mundo. Todo lo que nos viene de Dios tiene una parte que nos pone a prueba.

“Si tengo salud, no cuento con dinero, si tengo una cosa me falta la otra, en fin, así es la vida”.

Se tranquilizaba pensando en sus hijos y su mujer. Él y ellos gozaban de buena salud y eso era suficiente.

Mientras tuviese fuerzas para trabajar, así lo haría, para seguir adelante y sacar a flote a los suyos.

Lo duro y lo más difícil de todo este panorama era hacerle frente al hecho de no contar con una fuente de ingreso para los gatos diarios. Ni tierra ni trabajo seguro. Estos dos factores alteraban por completo el ritmo de vida de Chondo y su familia. Cada día era más problemático conseguir dónde jornalear. Había que hacer algo para resolver la situación y, en aras de este propósito, afiló como nunca su machete y al empuñar con firmeza la cache de esta herramienta, pensaba con ligereza: “Con este filo, mientras más delgado está, podré

cortar con más rapidez las alas de cualquier mala racha, para ganar algo y así comprar comida”.

Sintió la imperiosa necesidad de salir de la casa. Quería respirar con más libertad y así, tal vez, tendría mayor lucidez para concluir sobre qué hacer. Se acomodó las cutarras y se cubrió la cabeza con su sombrero de junco. Miró a su mujer que, en ese momento, fregaba unos trastes, y le dijo:

- Voy a salir, no tardo mucho. Cuida los niños.

Ya en la calle se encontró con unos amigos y compañeros de jornadas, con los que habló animadamente, por buen rato.

Celebraban chistes, anécdotas y sucesos diversos acaecidos durante las largas horas de las muchas faenas de calor y sudor, desarrolladas en el campo.

Recordaron la vez que, en una manga de potrero de un señor Montenegro, trataron de alcanzar un panal de abejas que se bamboleaba desafiante en una rama de algarrobo para saborear la rica miel producto del duro trabajo de sus obreras. Mandaron a un tal “Chemo”, hábil trepador de árboles de toda clase, para que cortara la rama que sostenía el enjambre, pero no pudo y tuvo que lanzarse al suelo, asediado por un ejército de avispas que los hicieron correr, en medio de exclamaciones soeces y dando tropiezos. Por suerte había un lago cerca, donde se metieron y así controlaron el ataque. Hacía como un año de eso y todavía, al pasar cerca del área, se observaba el avispero que se mecía arrogante y más poderoso en la misma rama. Supimos después que nuestro amigo, el diestro y famoso trepador de bejucos y palos, no se atrevió de nuevo a ejercer dicha labor, por las cicatrices psicológicas que le dejó semejante experiencia.

## **El éxodo de Chondo**

Regresó a su casa casi al anochecer. El sol apenas dejaba a la vista unos tímidos rayitos que, entre los distantes cerros, desaparecían tragados por la voraz noche.

Estaba desanimado. El grupo de compañeros con los cuales había conversado le habían dicho que los hacendados, dueños de potreros y tierras del lugar, estaban contratando peones o mano de obra de otros lugares, con la excusa de que estos cobraban más barato por las jornadas de trabajo diario. Para ese entonces había bastante presencia de personal extraño, gente desconocida y de otras latitudes que había salido de sus respectivos afincamientos, con el afán de conseguir trabajo y ofrecían la mano de obra a precio muy barato.

Esta situación planteaba un problema para los lugareños, puesto que se veían desplazados sin que nadie les pudiera dar trabajo. En este punto se encontraba Elisondo. Muy preocupado, comentó el hecho con su esposa.

- Mujer, aquí ya no hay dónde ganarse un real. Tendremos que irnos a buscar para encontrar la manera de seguir adelante.

Su compañera asintió con la cabeza, en señal de afirmación.

- Me contaron que en un lugar que se llama Naranjal están dando trabajo. Voy a averiguar para irnos hacia allá, porque aquí nos vamos a morir de hambre.

Esa noche casi no durmió. Lo hizo en tramos pequeños y despertaba sobresaltado, víctima de pesadillas.

Muy temprano, al día siguiente, cuando el sol ni siquiera había salido, tomó su machete y se encaminó donde un amigo, con el fin de informarse con detalles sobre Naranjal y las perspectivas de trabajo.

En efecto, a mucha distancia de Balillo, se encontraba el lugar que llamaba su atención. En ese punto vivía Atilano Díaz, dueño de una inmensa finca que, según su informante, era el que ofrecía trabajo y con buena paga.

Después de haber escuchado toda la información que necesitaba, volvió con bastante animación y contó todo lo que había escuchado y la decisión que había tomado.

Viajarían hacia Naranjal lo antes posible, en busca de mejorar la situación económica que era muy preocupante.

Debían prepararse bien, con tal de que el viaje no les resultase incómodo e infructuoso. Por suerte estaban en temporada seca, lo cual era favorable para el traslado y sus hijos estaban de vacaciones escolares. Y así, al transcurrir tres días, cuando tenían todo listo, emprendieron el largo e incierto camino, hacia un pueblo desconocido que los aguardaba, sabría Dios con qué.

Sintió al salir de su casa un intenso caudal de emociones. Se combinaba la tristeza con la melancolía y la frustración era evidente, al tener que dejar su vivienda, sus vecinos, sus amigos y compañeros de incontables jornadas de labor agrícola. Pero el objetivo que lo impulsaba le hizo recobrar la calma. La esperanza de encontrar mejores horizontes de vida terminó por darle el sosiego y la paz mental que por momentos había perdido. Miró a su mujer y esta le sonrió. Acarició la cabeza de sus hijos y pensó que por ellos valía la pena hacerlo.

El recorrido al principio fue tranquilo, pero después de un par de horas, la carretera se tornó difícil. Había muchos tramos malos, con material suelto que se levantaba en nubes polvorientas al pasar la chiva en la que iban. Al subir una de las más empinadas cuestas, el viejo automóvil no aguantó más. Su capacidad de rendimiento colapsó y el motor quedó

inservible. Todos tuvieron que bajar. “Hasta aquí llegamos” –dijo el chofer, un viejo gruñón, de barba descuidada y de figura tosca.

- Veremos si pasa alguien para que sigan y puedan llegar a donde tenían planeado. ¡No puedo hacer más nada por ustedes!

Chondo se rascó la cabeza y miró hacia lo lejos, para ver si algún auto se acercaba. Nada... La plenitud del paisaje seco y amarillento se apoderó de su visión. Buscó refugio bajo un árbol para su familia. Ni modo, tendrían que esperar a la buena de Dios, pensó, mientras caminaba para uno y otro lado.

Según sus cálculos, el pueblo de Naranjal quedaba aún muy lejos. Casi a tres horas en auto. Ni pensar en caminar. Seguirían esperando.

Después de pasadas varias horas, divisó a mucha distancia una serpenteante nube de polvo que se perdía y de nuevo aparecía.

- ¡Viene un carro! –exclamó con alegría--. Alisten sus cosas para irnos –dijo en voz muy fuerte para avisar a los demás.

Todos se pusieron en guardia, esperando el momento. Y así fue, al cabo de unos veinte minutos vieron aparecer lo que ellos llamaban “truck”, que en realidad era un camión bastante grande, modelo antiguo, americano, con vagón enrejado para carga viva. Un camión de transportar ganado. No les importó tal cosa y, con la aprobación del dueño, abordaron el vagón. Apretujados, soportando empujones, viajaron de pie, cada uno pensando en el lugar donde se quedarían.

Allí Chondo conoció a Tiburcio Franco. “Tibo”, para los amigos, le había dicho este. Supo que ambos se quedarían en el mismo lugar y que los dos iban para la misma finca, con igual propósito. Esta incidencia hizo que tomara más confianza, puesto que no iba a llegar solo a solicitar trabajo.

## **Naranjal**

Llegaron de noche al pueblo. A tan altas horas era imposible hacer cualquier intento de acercamiento con el dueño de la finca, así que buscaron refugio en un albergue común y, al amanecer, recogieron información para llegar al lugar de destino.

Después de desayunar, Chondo y su familia, junto a Tibo, partieron. Caminaron alrededor de 2 kilómetros y por fin llegaron a la hacienda. En la puerta de entrada hacia el patio de la casa había un letrero: “se contratan peones”. Fueron recibidos por el dueño, el señor Atilano Díaz, el cual les explicó todo lo concerniente al trabajo que debían realizar. Les había dicho en tono amable:

- Aquí en la finca hay unos cuartos destinados para alojar el personal de trabajo. Pueden guardar sus machetes. No los van a necesitar. El oficio de cada uno será trasladar y vender naranjas. Se les entregará una cantidad cada día y deben responder por ella. Sus puestos de venta serán las orillas respectivas de la carretera. Por ahí pasan muchos carros con turistas y nacionales que para esta época compran el producto.

Después de una pausa, continuó diciendo:

- Solamente se les dará alojamiento. La alimentación corre por cuenta de cada cual. ¡Ah! Y el salario será de 4 dólares por salida, es decir, desde temprano hasta tarde, buscando aprovechar el movimiento de las personas por la vía.

También les habló de un incentivo para la cantidad de naranjas vendidas. A mayor venta, más incentivo.

- Esto es todo. He sido claro. No admito preguntas. Y el que no esté de acuerdo, no está obligado a trabajar. Sobre el incentivo por venta, les hablaré con detalle después. Hasta luego.

Así era Don Atilano. Tenía la sartén por el mango. Y esto lo hacía hablar en los términos ya conocidos. Chondo miró a Tibo y le comentó que no estaba de acuerdo con el salario. Era muy bajo y de a malas alcanzaba para comer dos. Cierto que el trabajo no se veía tan exigente, pero requería de un horario que, según entendió, era bastante extenso. Así como ellos había cerca de 10 jornaleros más, dispuestos para arrancar con la faena al día siguiente.

Tibo le dijo que debían quedarse, después de viajar de tan lejos. Además, mencionó lo del incentivo y señaló: “Compañero, tal vez allí está nuestra salvación”.

El resto del día se la pasaron explorando la finca montados a caballo. No les alcanzó el tiempo para recorrer lo largo y ancho de la hacienda. Miraban extasiados la gran extensión de árboles de naranja que se abría ante sus ojos. El verdor de estos inmensos plantíos hacía juego con el refulgente amarillo de sus frutas, que parecían brillar más cuando el sol les daba de lleno.

Chondo le comentó a su compañero:

- ¡Por Dios, Tibo! Esto es inmenso. Nunca vi nada parecido.
- Por algo llaman Naranjal al pueblo en el que estamos.

Volvieron a la posada donde se alojaban, muy avanzada la tarde.

Por la noche, conversando con su esposa, Chondo le contó todo lo que había visto. Había mucho trabajo y bastante tiempo para hacerlo. Dejó todo listo para empezar la faena del día siguiente. Acordó con su amigo llamarlo muy temprano para recoger la carga y empezar el trabajo. Esa noche se durmió pensando en lo que podría suceder al otro día. ¿Vendería muchas naranjas? ¿Cuál sería el incentivo?

- Amanecerá y veremos.

Cinco de la mañana. Aún estaba obscuro. El frío de la madrugada se refugiaba en el cuerpo de los diez hombres que formaban una fila, a un costado de la posada.

Eran los peones destinados para la venta de naranjas del día. El capataz de la finca tenía preparada la entrega y a Chondo y Tibo le tocaron, en total, ocho sacos de naranjas respectivamente. Al cabo de media hora, cada uno con su carga en la cabalgadura, salió rumbo a la interamericana para posicionarse en algún sitio estratégico para la venta.

Rasguñando las 8 de la mañana llegaron a la carretera y poco a poco se fueron acomodando, junto al cargamento, cobijados por la sombra de algún árbol. Nuestros dos amigos quedaron situados bastante cerca uno del otro, de tal modo que podían conversar sin tener que esforzarse mucho:

- Oye, Tibo, amigo, ¿de qué se tratará el incentivo que prometió el patrón?
- No lo sé, pero pienso que es algo bueno, para que compense la mala paga que nos dará.
- Yo no me fui porque necesito ganar algo para la comida, aunque sea. No se trata de mí nada más, sino de mi esposa y los hijos.
- Lo sé, compañero. Para estos tiempos no se debiera explotar al trabajador así. Pero, bueno. Nosotros vinimos a este mundo por el camino estrecho y así seguiremos hasta la muerte. Es lo más seguro.
- ¡Ni Dios lo quiera! –señaló Chondo persignándose.

Entre risas, chistes y otras conversaciones, el tiempo avanzó sigilosamente, devorando a su paso, una por una, cada hora del día.

El sol casi se ponía y nuestros vendedores concluyeron su faena. Cada uno había vendido todo el producto. Viajaron a caballo para el retorno y, ya en la finca, rindieron el detalle de la venta diaria a Don Atilano.

El hacendado quedó satisfecho y les dijo que se prepararan para continuar con el trabajo, día por día, incluyendo los domingos, con el argumento de que ese día había mucho movimiento de personal por la vía y debían aprovechar.

No tendrían día libre. Otra lesión para los peones. El patrón, para mitigar semejante acción, les hablaba del incentivo.

- Recuerden que hay un premio para los que más vendan. Estaremos sacando la cuenta al final de la cosecha, y cada uno recibirá lo suyo.

Palabras motivadoras para los que viven llenos de esperanza, pero hambrientos de un salario justo.

- Ya estoy cansado de oír sobre el incentivo. Se nos habla tanto de eso, que me está pareciendo raro el asunto.
- ¡Cierto, amigo Chondo! A mí me resulta también sospechoso. Pero... bueno. Debemos ser como la mujer cuando un hombre la enamora. Si no le cree a él, ¿a quién le va a creer?

Así pasaron los días, uno a uno. Los obreros de la finca trabajaban sin cesar y lo que ganaban, apenas si les alcanzaba para la comida. No había manera de salir del círculo vicioso. Si se iban, perdían toda posibilidad de, al menos, ganar algo.

- Con lo duro que está conseguir trabajo –habían dicho.

Después de cuatro meses de cosecha, los naranjales habían finalizado su cuota de producción.

Cada arbusto afianzaba su verdor y robustez, preparando su ciclo para el año venidero.

Don Atilano mandó a reunir a toda la cuadrilla de peones vendedores.

- Los tengo aquí para agradecerles lo bien que han trabajado. Gracias a ustedes, el producto se vendió y casi nada se perdió.
- ¡Háblenos del incentivo! –dijo Chondo con ansiedad.

Todos quedaron a la expectativa. La pregunta recogió el interés de la decena de hombres que esperaban con ansiedad los detalles de la propuesta del patrón.

Muchos de ellos habían hecho planes para invertir el incentivo. Lo veían como un ahorro para complementar el bajo y endeble salario que les pagaban.

- ¿Cómo será? ¿De cuánto será?

Algunos hasta apuestas de cortesía habían pactado sobre la cuantía del bono tan esperado, sin que mediara el dinero.

### **Media naranja**

- ¡Media naranja!

Exclamó el grupo de hombres, con caras de asombro y gestos de incertidumbre.

- Sí. Se trata de una política para reconocer la buena labor de ustedes en esta zafra y para los que vienen será igual, si Dios y la Virgen lo permiten. De cada veinte naranjas vendidas, se reconocerá media naranja de bonificación y esto es acumulativo. El capataz ya tiene preparado el informe de lo que le toca a cada uno. Como el sistema es por acumulación, se entregará la cantidad de naranjas solamente cuando el peón decida retirarse y no volver más por aquí. Cada año de cosecha y venta, se anotará y se informará el acumulativo de cada uno. Eso es todo, y se pueden alojar en la posada los que se quedan a esperar la próxima cosecha, sin derecho a alimentación por mi parte.

Hubo una pequeña pausa en la que se miraban unos a otros, tratando de asimilar el impacto de semejante “bomba” que convirtió en escombros la tan atesorada esperanza del incentivo.

Don Atilano aprovechó el momento de confusión y, con rapidez, limpió con su mano diestra la parte del pantalón que cubría su trasero, miró de reojo a sus peones y con ligereza montó en su corcel, alejándose. Se perdió en la distancia y, con él, se fueron a la nada sueños, anhelos y aspiraciones de aquellos diez hombres que, durante todo un año, habían abonado sus motivaciones con la llegada y feliz término de un bono que ahora no tenía sentido alguno. Nadie se preocupó por averiguar el incentivo del año en cantidad de naranjas.

- ¿Para qué? –habían dicho.

Lo que sí resolvieron fue quedarse para trabajar en la venta de la próxima cosecha. Mientras llegaba la ocasión, aprovechaban para realizar otros trabajos, según propias habilidades, con un jornal asalariado que no superaba los cinco dólares diarios.

Obligados por la apremiante situación económica y la escasez de empleo, no les quedaba otro camino. Algunos arreglaban cercas de alambre, otros desbrotaban potreros y la mayoría se incorporó a trabajos de limpieza del área de naranjas que, en realidad, era la más extensa de la finca.

Así transcurría el tiempo, con esta cuadrilla de hombres que, para cada cosecha, salían a vender naranjas a orillas de la interamericana, sin importarles las condiciones del clima, ni los días, ni el bajo salario que les pagaban, puesto que filosóficamente y con resignación afirmaban:

- Más vale ganar algo que quedarnos esperando lo que nunca llegará.

Al pasar ocho años, se abrió el compás para evaluar, cortar y reponer los árboles de naranjas que, ya enfermos, habían muerto o, por efectos de la fuerte brisa de verano, se habían derrumbado. Nuestros hombres de machete realizaron la tarea con amplio conocimiento y acierto en el manejo de sus herramientas.

Dos años después, cuando ya cumplían diez de estar laborando en la finca de Don Atilano, una mañana, muy temprano, el capataz llegó y les comunicó de la muerte del patrón, ocurrida el día anterior, tras una caída de un caballo recién amansado.

Quedaron sorprendidos y la incertidumbre se apoderó de ellos:

- ¿Qué haremos ahora? –dijo Chondo, desalentado.
- Debemos esperar, para ver lo que dice el capataz –señaló Tibo.

Pasada una semana, el capataz llegó a la posada y les informó que la finca Naranjal se clausuraba por voluntad de la familia Díaz, y que ya no habría más trabajo para ellos, razón por la cual debían retirarse.

- Mientras más pronto, mejor –le dijo el hombre.

Elisondo Romero encara al informante con duros gestos y voz muy grave.

- Quedamos sin empleo y en la calle. ¿A nadie le importa eso? Y ¿qué hay de todo ese incentivo que acumulamos en estos diez años de trabajo?
- ¡Al diablo con eso! El que podía resolverlo está muerto. Por favor, olviden el asunto.  
Yo me marcho hoy mismo –dijo resueltamente, yéndose del sitio.

Ante esta deplorable situación, Chondo reúne a sus compañeros y les dice que ellos deben recibir una compensación por los años de trabajo en la finca, pero que tendrán que unirse para tal causa y buscar ayuda legal que los represente en los Tribunales de Trabajo. Todos acuerdan y respaldan la propuesta. Contactan un abogado y, efectivamente, en menos de seis meses, el fallo favorece a nuestros jornaleros. En ausencia de dinero para pagarles, pues la finca había cerrado operaciones definitivamente, se les otorga y adjudica la cosecha y la venta de naranjas de los frutales de la finca a modo permanente, sin derecho a ser dueños de la tierra, salvo por compra a los propietarios (familia Díaz), pero sí con tolerancia legal para resembrar y reponer los árboles deteriorados.

Esta “mina de oro verde” entregada con justa razón a Chondo y sus amigos se constituyó en una rica fuente de ingresos con las ventas de cada año.

Las condiciones de vida de nuestros jornaleros y sus familias se dispararon positivamente. El gerente del grupo Naranjal, Chondo Romero, y su asistente, Tibo Franco, comunicaron al resto de socios que ya nadie de ellos iba a trabajar en labores de mantenimiento y venta.

- ¡Ya nos jodimos bastante! –fueron sus palabras--. Contrataremos personal para esos trabajos. Todos estuvieron de acuerdo, dándole la potestad al gerente para que manejase el asunto, según su criterio.

Hubo una campaña corta de anuncios radiales. Se solicitaba personal de campo para laborar en finca Naranjal. No se mencionaba salario, mas la gente acudió en buen número, pues el desempleo seguía siendo un mal crónico para la sociedad.

El asistente Franco fue el encargado de la selección. Escogió una plantilla de veinte hombres que, a su juicio, reunían las mayores características para enfrentar las labores que ellos en otro tiempo realizaron.

- Aquí está la lista, jefe.

El gerente reunió a los convocados y, sin mediar saludo, así les habló:

- Ustedes van a empezar a trabajar mañana. Se pueden quedar en los cuartos de la posada, no se les cobrará hospedaje, pero deberán procurarse su comida.

Hizo una pausa y añadió:

- Mañana en la tarde, cuando hayan regresado del trabajo, vendré para hablarles del salario.

Tibo Franco, que allí estaba, quedó sorprendido y apesadumbrado al escuchar a su amigo. A su mente llegó el recuerdo de aquella vez en que el antiguo patrón los convocó para lo del

salario y el bono. La postura y los términos del ahora gerente eran sino iguales, muy parecidos. Esa noche demoró en dormirse.

Al día siguiente, por la tarde, reunió a los veinte hombres para esperar a Chondo, que no demoró en llegar.

- Les hablaré del salario, como les dije. Ustedes van a ganar cinco con cincuenta por día de trabajo. Y de mañana en adelante, nadie va a trabajar con machete. Se irán todos a vender naranjas a la carretera. Mi asistente se encargará de entregarles el producto para la venta. Además, aparte del salario diario, se les dará un incentivo, por la cantidad vendida.

Uno de los que más se atrevía del grupo preguntó:

- Y ese incentivo, ¿de cuánto será?

Chondo Romero lo miró de arriba abajo. Tibo Franco solo atinó a persignarse cuando escuchó la respuesta.

- ¡Media naranja! Por cada veinte que vendan.

## LA OTRA CARA

El frenazo hizo chirrear las ruedas del auto. La lluvia que caía pertinazmente hizo que el sedán se desplazara aún después de que el chofer aplicó toda su fuerza en la extremidad para pisar el pedal. El ruido estridente de las llantas se mezcló con el alboroto musical que había en los distintos almacenes de la Central, que promovían distintos productos a la venta.

La mujer recibió el impacto cuando el auto resbalaba por la vía mojada. De hecho, esto ayudó a que el golpe fuese menos seco y fuerte. Quedó inconsciente sobre la abollada tapa del motor y de allí fue recogida por unidades paramédicas, quienes después de constatar que estaba viva, la trasladaron a un centro hospitalario.

Despertó muy confundida. Era una muchacha de rostro agradable, tendría unos treinta años, trigueña y, a pesar de su situación física, producto del accidente, se veía saludable.

Trató de esbozar una sonrisa a la enfermera que allí estaba, pero el dolor en su costado derecho se lo impidió.

- Traía una mochila. ¿Dónde está?
- La tenemos guardada. Después se la entregaremos. Allí estaban sus documentos que permitieron el registro de su ingreso.

Rosa Trejos había culminado sus estudios universitarios en la ciudad capital. Había emigrado del interior y se hospedó con unos familiares que le brindaron ayuda para que lograra su superación académica. Logró culminar con éxito sus estudios superiores en el renglón del turismo. De eso a la fecha se sumaban cinco años.

Su espíritu de mujer joven y llena de aspiraciones e ilusiones, motivaban su cerebro y le hacían pensar todo lo que podría hacer con su vida cuando se hubiese afianzado laboralmente. Tenía una familia que dejó cuando viajó a la ciudad para estudiar y que necesitaba ayuda económica. Podría pensar en casarse y tener la dicha de formar una relación de pareja sana, estable y permanente. En fin, podría ser una persona feliz en todo el sentido de la palabra.

Pero eso lo tendría como realidad evidente solamente si lograba obtener un empleo. Su estancia en la ciudad capital le permitía salir con frecuencia a buscar un trabajo o a realizar algún trámite relacionado con ese tema. Por suerte aún contaba con el respaldo de su tío que, en estas circunstancias, corría con los gastos de ella.

Salía temprano a la calle, en pos de la posible formalización de algún contrato laboral, mas ya para la tarde, cansada y llena de frustración, volvía con un semblante de derrota que hacía entristecer a su pariente.

- ¡No te aflijas! ¡Vamos! ¡Ánimo! -le decía su tío-. Mañana será otro día.

Le parecía mentira y se sorprendía cuando el siempre fiel espejo en su cuarto le devolvía su imagen lánguida y con trazas visibles de amarguras. Ya no era la misma. Ya no era aquella muchacha de sonrisa franca y graciosa, de mirada abierta y vivaz, que soñaba con graduarse para conseguir un trabajo. Se levantó desde pequeña con la idea y la consigna de que, a través del estudio, se consigue triunfar. Siempre le decían lo mismo: “Solo el estudio podrá liberarte de la ruina del fracaso”.

Ya llevaba un poco más de cuatro años zozobrando entre las olas de un mar turbulento que le arrebatava de sus manos el bello haz de ilusiones laborales tejido con tanta esperanza mientras estudiaba años atrás. Se preguntaba, con el ánimo por el piso, si había valido la pena

el sacrificio de su preparación académica. No tenía respuesta, pero sí surgía la duda, puesto que parecía no importar su rango universitario para optar por un trabajo. O ¿tal vez tenía mala suerte?

- No. No creo que sea eso -dijo para sí.

Había visto en varias salidas que se mantenían filas considerables de muchachos y muchachas que, como ella, buscaban lo mismo. Un trabajo para mejorar sus condiciones de vida. Tal situación fue creando una conducta obsesiva en la mujer. Seguía soñando que le habían dado empleo y, al despertar, la sensación de vacío espiritual era muy dolorosa. Pero con la llegada de un nuevo día se armaba de valor, de coraje, y salía a la calle a perseguir cualquier aviso que ofreciera una vacante.

Siempre lo mismo. Casi las mismas respuestas. “Ya la plaza está ocupada”. “Queremos a alguien con experiencia”. ¿Cómo iba a tener experiencia alguna si nunca le daban oportunidad de empleo? Se sorprendió de ver a muchos trabajadores veteranos ocupando plazas en distintos lugares. Era probable que, por la experiencia, los tenían allí.

Pero, y ¿qué de ella?

No tenía la experiencia, sí, pero tenía algo muy interesante para compensar. Tenía su juventud, su fuerza, su vigor y su capacidad para entregarse al trabajo y producir con extremada eficiencia. ¿Acaso esto no contaba?

Además, en algunas de sus clases había escuchado muy claramente que “Todo ciudadano o ciudadana tiene derecho al trabajo”. O, dicho de otra manera, ella tenía ese derecho y el estado debía garantizarlo.

Pero sus esfuerzos, su tenacidad y su arrojo de nada valían. Seguía sin que le dieran una plaza de empleo. Le habían aconsejado algunos que se inscribiera en el partido político que ostentaba el gobierno en el momento. “De seguro te nombran, conocemos muchos casos así”. Ni siquiera por su desesperación tomó en serio lo que oyó. Su sólida formación moral y su criterio personal bien definido la protegieron de tal acción. La impotencia y la ansiedad iban, con el transcurrir de los días, en aumento. Su corazón de mujer luchadora y las ganas de obtener un trabajo lograban mantenerla a flote.

Nuestra heroína estuvo tentada de volver al interior. Allí estaba la mayoría de su familia. Pero su corazón guerrero la impulsaba a seguir intentando, a seguir perseverando.

- La peor lucha es la que no se hace -pensaba-. Debo seguir luchando, en algún momento las cosas van a cambiar para bien.

Habló consigo misma, mirando su cara en el espejito que había en su cartera, mientras descansaba en el parque. De su breve monólogo pasó al hecho. Recogió su mochila, se arregló un poco los mechones del cabello, levantó su cabeza e irguió su pecho. Se alejó del lugar con paso rápido, rumbo a la Avenida Central.

En su atormentado cerebro no había lugar para otra idea que no fuera la de conseguir trabajo. Iba tan absorta en eso, que no miró el semáforo y se lanzó en la mojada vía con la intención de cruzar.

\*\*\*

El médico miró la placa radiográfica muy detenidamente. Buscaba en cualquier resquicio alguna evidencia de fractura o lesión de un tendón o músculo importante.

- Doctor, ¿cómo estoy? -preguntó Rosa.
- Usted está muy bien. Corrió con suerte, con mucha suerte. No tiene ningún daño y, en un par de días, se le dará de alta.

La joven suspiró satisfecha. “Dios nos quita, pero también nos da”. Pensó al instante. Y así fue. Dos días después abandonó el centro médico, recuperada del todo.

De nuevo a la calle, otra vez reinició la faena. Estaba sola, pero, en cambio, sentía más fortaleza para seguir en su atesorada lucha. Lo infructuoso de las gestiones anteriores no interesaba. Lo importante era continuar y así iba, de lugar en lugar, empresas pequeñas y grandes, instituciones oficiales, pero los resultados no variaban.

Decidió hacer una pausa. Tendría que encontrar algún sitio para guarecerse, pues ya la noche esparcía manchones negros que pugnaban con las luces citadinas, buscando apoderarse de toda la metrópoli. Sintió hambre y también algo de frío. Sin dinero y sin ninguna provisión, presagiaba un duro y angustioso tiempo hasta que amaneciera.

Con pasos mecánicos siguió sin tener dirección alguna, y a unas cuadras más adelante, cual oasis en pleno desierto, pudo ver un letrero sobre una pesada puerta de hierro: “Albergue San José”. No lo dudó ni un instante. Tocó y, pasado un momento, un hombre de cara bondadosa y de gestos amables la hizo pasar.

Allí encontró alojamiento y comida. Se unió a la familia del centro de asistencia social e interactuó con ellos. Su vocación para servir y para el trabajo le permitió quedarse y ayudar en la preparación de alimentos y el servicio de estos. Además, apoyaba a los que, por problemas físicos y otras enfermedades, no podían desenvolverse por sí solos.

El cura que administraba el lugar vio en ella el elemento apropiado para desempeñar el puesto de asistente. Esto le facilitaría realizar sin ninguna presión su labor parroquial.

Así que Rosa Trejos por fin obtenía un empleo. Aunque por razones obvias, el albergue subsistía por medio de donaciones de empresas generosas y personas pudientes y, en estas circunstancias, no manejaban ningún tipo de presupuesto, solo una pequeña caja menuda para gastos de poca monta.

El cura le había prometido que buscaría la forma de ampliar las contribuciones de los benefactores del centro para crear una “partidita”.

- Por lo pronto te pagaremos un estipendio para gastos personales urgentes -había señalado.

A ella no le importó tal situación. Su alma generosa y su corazón de guerrera la habían hecho seguir adelante y ahora estaba allí. Tenía un empleo, si se pudiera decir. No como había deseado, pero, en fin, era un trabajo. Después de sus muchas batallas, le parecía mentira y, suspirando con satisfacción, pensaba:

- Tengo un oficio que no tiene nada que ver con mi formación académica, pero sí con mi condición de persona. No hay salario, no obstante, ¿qué mejor paga para un ser humano que el verse realizado en una meta tan noble y sublime al servicio de otros? Aquí me quedaré. Si me pagan, bien; si no me remuneran, igual voy a continuar. Pude conocer y vivir la angustia que se experimenta al ir tras un objetivo muy noble y, a pesar de saber que estaba muy cerca, era casi imposible obtenerlo. Logré a plenitud ver de frente la cara escondida del mercado que controla la oferta y otorgamiento de empleos. La faz evasiva de la cual muy poco se habla, cuando cumplimos nuestra

etapa de formación y nos lanzamos después en jornadas casi interminables a devorar con ojos y pies largas distancias, kilómetros de pavimento en busca de lo que, para nosotros, es el asiento y la coronación ciudadana para servir de la mejor manera a la Patria que tanto amamos.